

LIBRO I

Julio III

(1550-1555)

INTRODUCCIÓN

Paulo III ocupa un lugar eminente entre los Papas del siglo XVI, no sólo por haber sido su reinado desacomodadamente largo y copioso en acontecimientos de gran importancia, sino de un modo especial por haber marcado la transición del período del Renacimiento al de la verdadera Reforma y Restauración católicas. Dotado de altas cualidades personales, y conociendo claramente la propia incumbencia de la Santa Sede y la situación cada día más peligrosa de los países del norte y centro de Europa, consagró su atención de una manera creciente a las cuestiones puramente eclesiásticas. Es verdad que todavía tuvieron en él mucha influencia los intereses profanos, que desde Sixto IV habían preponderado de un modo decisivo en la conducta de los Papas del Renacimiento; pero ya no estuvieron en su ánimo en primer lugar y casi siempre sufrieron el influjo de las consideraciones eclesiásticas.

Cuando echamos una mirada retrospectiva a los quince años del pontificado de Paulo III, se impone la persuasión de que comenzaba a alborear para la Iglesia la mañana de una nueva era llena de esperanzas, en la cual se demostraría hermosamente, como tantas otras veces, su fuerza espiritual y su maravilloso poder de rejuvenecerse y renovarse. El período del Renacimiento, en lo exterior brillante, pero principalmente mundano, y que había tomado la Religión y la Iglesia de un modo tan frívolo como la misma vida, corría apresuradamente a su fin. Comenzaba una nueva época a la cual sirvió de enlace con la anterior el Papa Farnese.

Por mucho que Paulo III haya pagado tributo a la perniciosa época en que se había educado y encumbrado, hizo, sin embargo, justicia a la nueva generación, en la que los elementos rigurosamente eclesiásticos trabajaban conscientes de sus fines y ajenos de todo vano respeto, para lograr una transformación espiritual con la reforma de tantas cosas como estaban hondamente corrompidas, y para vencer la peligrosa crisis por medio de nuevas instituciones. Inauguraron una nueva época la apertura del concilio Tridentino, la supresión de muchos abusos, la renovación del sacro colegio, el favor concedido a las nuevas Ordenes religiosas y el haber rechazado a los novadores que amenazaban invadir también a Italia. Verdad es que no se había conseguido todavía nada definitivamente regenerador: ni el concilio ni los conatos de reforma habían llegado a terminarse; las Ordenes nuevas se hallaban todavía en sus principios, y en parte ni siquiera habían fijado definitivamente su constitución; y tampoco se había llevado hasta el cabo la transformación del colegio cardenalicio.

Cuán grandes dificultades se opusieran aún al predominio de los intereses puramente eclesiásticos, lo mostraron los incidentes del conclave que siguió a la muerte de Paulo III (1).

En tiempo de este Papa había subido el número de los cardenales hasta cincuenta y cuatro, de los cuales veintinueve moraban en la Ciudad Eterna al fallecer el Papa (2). Al comenzar

(1) Sobre el conclave de Julio III, que después del de Pío IV, es el más largo del siglo XVI, hay un material sumamente rico de fuentes auténticas. Vienen en consideración, en primera línea, las relaciones de los testigos oculares: el cardenal Bernardino Maffei, Angel Massarelli, Sebastián Gualterio y Pedro Pablo Gualterio (de Brevibus), los últimos de los cuales asistieron al conclave como conclavistas de los cardenales Cervini, Alejandro Farnese y B. Maffei. Añádanse también los apuntamientos del maestro de ceremonias del conclave, L. Firmano. La relación de Massarelli es completa; las cuatro restantes han sido publicadas en extracto de una manera acabada por Merkle en el tomo segundo de la publicación monumental de documentos, de la Sociedad Görres, sobre el concilio de Trento, en que el editor ha advertido también en el prólogo cuanto ha sido necesario sobre la transmisión de estos documentos y su relación entre sí. La narración que sigue se apoya en Massarelli, siempre que no se indique otra cosa. Como complemento se han citado también las relaciones de embajadores, parte de las cuales está aún inédita. De las narraciones modernas las más salientes son: Sägmüller, Elecciones de Papas, 181 ss.; Bulas sobre la elección de Papas, 1 ss.; G. de Leva, Storia di Carlo quinto, V, 63 ss.

(2) Enumerados por Panvinio, en Merkle, II, 7.

el conclave habían llegado otros doce (1), y durante las negociaciones para la elección, llegaron el español Pacheco y nueve franceses. Sólo faltaron en el conclave tres miembros del sacro colegio: de Givry, d'Hanebault y el cardenal infante de Portugal.

Este conclave fué el más numeroso y prolongado de cuantos había memoria; pues comenzó el 29 de noviembre de 1549 y no acabó hasta el 8 de febrero de 1550; de modo que la Iglesia estuvo casi un trimestre destituida de cabeza visible. La causa de esta extraordinaria dilación se ha de buscar, más que en las divisiones de los cardenales y en el gran número de pretendientes (2), en la conducta de los príncipes seculares, los cuales intervinieron sin el menor miramiento en las negociaciones para la elección.

Era de prever que a la muerte de Paulo III, así el emperador como el rey de Francia procurarían ejercer el más decisivo influjo en la elevación del nuevo Papa. Carlos V debía desear un Papa que se inclinase a continuar el concilio, volviéndolo a convocar para Trento, y había decidido evitar a todo trance la elección del excelente Marcelo Cervini, quien siendo cardenal legado en Trento había llevado al cabo la traslación del concilio a Bolonia. Pero no menos que la cuestión del concilio influía en la actitud de los cardenales y de las potencias extranjeras el litigio, todavía pendiente, acerca de Parma y Plasencia.

En vida todavía de Paulo III, habían desplegado gran actividad, por parte del emperador, el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga, y su hermano Hércules, cardenal de Mantua, para elevar a la silla apostólica en el inmediato conclave a un enemigo de los Farneses, que restituyera al emperador las ciudades de Parma y Plasencia (3). Su candidato era el cardenal Salviati, sobrino de León X y tío de la reina de Francia. Según juzgaba en 1547 el embajador imperial en Roma, Diego Hurtado de Mendoza (4), tenía también por otros conceptos Salviati las mayores probabilidades de ceñirse la tiara; pues era amado de los car-

(1) Es a saber, Meudon el 11 de noviembre, Gaddi el 14, Filonardi el 15, Madruzzo el 19, Salviati y Gonzaga el 21, Cibo y Lenoncourt el 22, Monte y Rovere el 23, y Truchsess y Doria el 24. V. Massarelli, 10, 13, 14, 16, 19, 21, 22, 23.

(2) Véase la burla de Muzio (Lettere 108).

(3) De Leva, V, 64, s. Legaz. di Serristori, 187 ss. Maffei en Merkle, II, 19, s.

(4) Döllinger, Documentos I, 92. Mendoza afirma aquí que Salviati tenía hijos; por el contrario, dice Salviati (Legaz. di Serristori), que esta acriminación estriba en una equivocación con su hermano.

denales imperiales y neutrales, lo mismo que de los franceses y sus partidarios; el mismo Mendoza se había dejado ganar para él por los Gonzagas, y también le favorecía Granvela (1). Con todo, surgió un poderoso competidor a Salviati en su propio pariente Cosme de Médici y en el astuto agente que tenía en Roma, Everardo Serristori. Este hubo a las manos en abril de 1549 un memorial dirigido por el cardenal Gonzaga a Granvela, donde le recomendaba la candidatura de Salviati, y Serristori lo presentó al Papa (2). Paulo III, que todo lo temía de Salviati para sus nepotes, se enojó bravamente, y exclamó que nombraría cincuenta cardenales para hacer imposible la elección de Salviati (3). Mas en realidad no llegó a tanto. Con todo eso, el nombramiento de cardenales de 8 de abril de 1549, en el que obtuvieron la sagrada púrpura cuatro varones adictos a la casa de Farnese (4), fué una contestación a los manejos de los Gonzagas. Se vigiló la correspondencia de Salviati y se comunicó al emperador un escrito en que se le ponía de manifiesto (5); por lo cual también Carlos V le excluyó de la elección (6).

Poco antes de la muerte de Paulo III, la consideración al dominio de Parma y Plasencia volvió a producir un cambio de actitud de los partidos dentro del sacro colegio. Todavía en 14 de julio de 1547 el embajador imperial Mendoza, describiendo a su soberano las probabilidades de la futura elección pontificia (7), distinguía en el sacro colegio, fuera del grupo neutral, tres partidos de diferentes intereses políticos: los imperiales, los aficionados a Francia y los que eran hechura de Paulo III. Pero después que Alejandro Farnese se inclinó al emperador, esperando de él la restitución de Parma y Plasencia (8), se reunieron también en el sacro colegio los imperiales y los partidarios de

(1) De Leva, V, 65, nota 4.

(2) Despacho de Serristori, de 13 de abril de 1549, que se halla en Legaz. 188 s.

(3) Druffel, I, 270.

(4) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 356 y s.

(5) Serristori en 1.º de mayo de 1549 (Legaz. 197). Maffei, en Merkle, II, 19 s., narra algunos pormenores sobre este escrito comprometedor.

(6) «Sua Maestà vorrebbe prima, che fosse Papa il Diavolo», dijo Mendoza a Serristori (Legaz. 209 s.).

(7) Döllinger, Documentos, I, 92.

(8) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 363. Sobre los motivos por los cuales Farnese se juntó a los imperiales, véase Maffei, en Merkle, II, 26.

los Farneses. A 19 de noviembre había hecho Farnese un conato de llevar adelante este negocio aun sin el emperador, obteniendo del sacro colegio testimonio de la autenticidad de un escrito en que Paulo III, poco antes de morir, mandaba entregar la ciudad de Parma a Octavio Farnese. Pero como Camilo Orsini, gobernador de Parma, se negó a entregar la ciudad a Octavio a pesar del sacro colegio, no se mudaron con aquel conato las relaciones entre Carlos V y Alejandro Farnese (1).

Así que en el conclave no influyeron sustancialmente más que dos partidos: el imperial y el francés. Al partido imperial pertenecían (2) los españoles Alvarez de Toledo, Mendoza, Cueva y Pacheco; además Carpi, Morone, Crescenzi, Madruzzo, Sfondrato, Duranti, Alejandro y Ranuccio Farnese, Médici, Maffei, Gonzaga, Doria, Sforza, Savelli, Cornaro, Róvere, Truchsess y Pole. A estos veintidós se oponían veinticuatro cardenales inclinados a Francia: los doce franceses Armagnac, Meudon, Lenoncourt, du Bellay, Guisa, Châtillon, Vendôme, Tournon, de la Chambre, d'Amboise, Lorena y Borbón; y además, de los italianos, los cuatro cardenales obispos y *seniores* del sacro colegio, de Cupis, Salviati, del Monte y Carafa (3), lo mismo que Cesi, Verallo, Ridolfi, Pisani, Sermoneta, Este, Capodiferro, Crispi. También Filonardi sentía con ellos, al paso que se declaraban neutrales Cibo, Gaddi y el portugués de Silva.

Cervini estaba por encima de todos los partidos, y lo mismo de él que de Carafa atestigua Guisa, que sólo seguían el dictamen de su conciencia (4); lo cual no quiere decir que estos dos partidarios de la reforma eclesiástica fueran impenetrables a las consideraciones políticas. Precisamente el concienzudo y severo Cervini era el principal consejero de Farnese (5). La salud de la

(1) Massarelli, 16, 17. Druffel, I, 316. Véanse nuestras indicaciones del vol. XII, 364.

(2) Según la enumeración de Massarelli (pág. 97). Ayala (en Druffel, I, 333) cuenta a Cibo entre los imperiales, y dice que en favor de Pole habían también votado de Silva, Cervini y Rovere.

(3) Guisa (Ribier, II, 261) *no* enumera a Carafa entre los cardenales franceses. Pero también en la lista de Masio (Archivo de Lacomblet para la historia del Bajo Rin VI, Colonia 1868, 157) hállase el Theatinus entre los partidarios de los franceses.

(4) Ribier, II, 261. Véase además respecto de Carafa la memoria del cardenal Antonio Carafa en el Cod. X, F. 55, f. 6, de la *Biblioteca nacional de Nápoles*.

(5) «Farnesius, qui plurimum praesidii atque consilii in illum (Cervini

Iglesia, y por tanto también la conciencia, exigía que se tuviera consideración a los príncipes, que podían tanto aprovechar como dañar a su causa.

De los cardenales nombrados debían su elevación a León X Salviati, Cibo, Ridolfi, de Cupis, Pisani y Lorena; al paso que Gonzaga, Gaddi, Doria, Tournon, de la Chambre y Châtillon habían recibido el capelo de Clemente VII. Fuera de estos doce, todos los demás habían sido adornados con la sagrada púrpura por Paulo III (1).

Hubiera estado en interés de los Farneses y de los imperiales, acabar la elección cuanto antes, sin dar lugar para que llegaran los cardenales que residían en Francia (2); pues en completándose la reunión del sacro colegio, ambos partidos quedarían equilibrados de modo que ningún cardenal notoriamente favorable al emperador tendría probabilidades de ser elegido. Mas precisamente por eso el embajador francés en Roma, d'Urfé, se esfor-

contulerat, illius ope carere (cuando Cervini se puso enfermo) aegre ferebat. Para no perderle, se le dió un aposento contiguo al conclave, que fué incluido en la clausura: privilegio hasta entonces nunca oído. Gualterio, en Merkle, II, 60.

(1) Paulo III había dado al cardenal A. Farnese avisos secretos muy interesantes para su conducta en la elección de Papa, en los cuales se examina especialmente la actitud que ha de guardar respecto de «nuestra creature», y son caracterizados de un modo interesante Pole, Salviati, Gaddi y Ridolfi. Estos «Ricordi di Paolo III al card. Farnese» se difundieron muy extensamente en manuscritos en el mismo siglo XVI. Anoté cuatro copias existentes en el *Archivo secreto del Papa*; fuera de eso hay en *Roma* ejemplares en el archivo Boncompagni (Cod. C. 20) y en las Bibliotecas Barberini (Lat. 5366), S. Pietro in vincoli (véase Lämmer, Para la Historia Eclesiástica, 40), Vitt. Emanuele (Varia 65); hállanse además manuscritos en *Arezzo* (Biblioteca), *Bolonia* (Biblioteca de la Universidad), *Brescia* (Biblioteca Quirini, C. III, 2), *Florenia* (Biblioteca Nacional, Cod. Capponi, 63), *Macerata* (Biblioteca, Cod. 259), *Pistoya* (Biblioteca Fabroniana, Cod. 63), como también en *Görlitz* (Biblioteca Milich) y *Munich* (Biblioteca pública). Los Ricordi fueron publicados según el manuscrito de Bolonia por Frati en el *Archivo stor. Ital.* Ser. 5, XXXV, 448 ss. Al cardenal S. Angelo, mencionado al fin de este escrito, lo identifica Frati con Lang, y deduce de ahí que los Ricordi se escribieron entre 1534 y 1540. Pero S. Angelo es Ranucio Farnese, quien desde el 7 de octubre de 1546 poseía el título de S. Angelo in Pescharia.

(2) * Nella congregazione d'oggi è stato ricordato da tutti i r. esser bene che si acceleri la eletteione del Papa sotto pretesto delle cose del concilio, et massimamente di quel di Trento, ma in fatto muove una gran parte di loro il disegno di escludere i car. Francesi, che non possino venire a tempo. Bonifacio Ruggieri al duque de Ferrara, en 10 de noviembre de 1549. *Archivo público de Módena*.

zaba por retrasar por todos los medios posibles el comienzo del conclave, y de hecho supo arreglar las cosas, por medio del cardenal de Este, adalid del partido francés, de manera (1) que las exequias del Papa fallecido el 10 de noviembre no se comenzaron a celebrar con gran pompa hasta el 19 de noviembre (2). Según la costumbre, duraron nueve días. Así pues, los cardenales no pudieron hasta el 29 de noviembre dirigirse procesionalmente al conclave, después de haber celebrado una misa solemne en la capilla de la antigua iglesia de San Pedro, a que dió nombre el Papa Sixto IV (3).

Las celdas de los cardenales se habían formado con tabiques de madera en seis de los mayores locales del Vaticano, es a saber, en la sala regia, la capilla Sixtina, y en las cuatro salas que servían, dos para los consistorios públicos y las otras dos para los secretos. Las celdas propiamente dichas se sortearon entre los cardenales el 27 de noviembre, reservándose para los enfermos habitaciones especiales. Para los cardenales creados por Paulo III se habían tapizado las celdas con paño violado, y para todos los demás con paño verde (4).

Para mantener el orden en la ciudad durante las negociaciones de la elección, estaban dispuestos cinco mil soldados, a los que se añadieron para la guardia especial del conclave, además de doscientos suizos, otros quinientos hombres de armas. En nombre del pueblo romano, habían solicitado los conservadores de la ciudad la honra de poder aprestar otros mil soldados para la seguridad de Roma; pero al día siguiente rebajaron su ofrecimiento a quinientos. En realidad los cardenales no querían oír hablar de un pueblo romano que obrara como independiente y señor de sí a par

(1) Carta de d'Urfé a Enrique II, fechada el 16 de noviembre de 1549 y publicada por Ribier, II, 254.

(2) Massarelli, 14 ss. Sobre el decreto del colegio cardenalicio, de erigir un suntuoso mausoleo a Paulo III, véanse nuestras indicaciones del vol. XII, 365.

(3) Massarelli, 26 ss. Como el conclave significaba un gran desembolso para los cardenales pobres, a propuesta del cardenal decano de Cupis, no sin contradicción de los más rígidos, se repartieron entre aquéllos ocho mil ducados, que se hallaron en poder del datario (ibid. 11). Sobre las exequias de Paulo III, véase la relación que hay en el apéndice de las Opera di B. Scappi, Venecia, 1570.

(4) Massarelli, 25. Las pagas para el arquitecto Baronino di Casale, que dirigió la instalación del conclave, se hallan en los *Mandata 1549-1550 (*Archivo público de Roma*).